La Virgen María, regalo de Jesús a su pueblo¹

El título de esta charla corresponde a una expresión del Papa Francisco. En *Evangelii Gaudium*, al hablar de la Virgen María y el pueblo creyente lo hace en la dinámica del don: La Virgen es un regalo de Jesús para su pueblo (EG 285). La idea es compartir unas sencillas reflexiones que nos ayuden a abrimos al misterio de la presencia y la acción de María en América Latina. Dentro del misterio del amor de Dios, hay algo especial entre la Virgen y los más pobres de América Latina. Vamos a tratar de balbucear algo de ese misterio.

Antes de entrar en tema quiero pedirles un voto de confianza. Les pido que tengan presente que más allá del laicismo de Uruguay, este país es parte de América Latina y como tal participa de cierta unidad cultural. Las cosas que voy a decir intentan arraigar en un sustrato cultural del pueblo que es bastante común en Latinoamérica. Pensemos la piedad popular como la punta de un *iceberg*. Lo que sale a la superficie expresa algo de fondo, una vida, un modo de ser. O mejor, pensemos a América Latina como un iceberg con muchas puntas. Lo que está abajo está unido. Hay una cierta unidad cultural en América Latina. Aunque en la superficie se vean muchas puntas. Hay muchas muestras de piedad popular, pero todas brotan de algo común. Aunque sientan que hablo de cosas que acá no ven, piensen que por ser parte de América Latina, *algo de esto* hay. Tal vez la mayor parte de las cosas que se debaten entorno al laicismo de Uruguay están en el nivel exterior del iceberg... Y por debajo hay cosas que se mantienen... Les pido ese voto de confianza.

La presentación va a tener tres partes, la tercera de las cuales va a tener también tres partes. Y después una conclusión.

En la primera parte muy brevemente vamos a ver la raíz de todo: María es Madre nuestra porque Jesús se lo pidió antes de morir. Después vamos a ver algo sobre cómo se fue dando concretamente esa maternidad de María en la historia de América Latina. Y en la tercera parte intentaremos ver qué podemos aprender de esta relación que hay entre la Virgen y su pueblo. Por último, intentaremos apuntar algunas conclusiones.

1. En la cruz Cristo nos regala su Madre

Si queremos ir a la raíz de lo que pasa con la Virgen María en América Latina tenemos que remontar más de dos mil años de historia, hasta aquella tarde en el Calvario que nos describe el capítulo 19 del evangelio de Juan. Poner nuestros ojos en Cristo muriendo la cruz, en su hora suprema, cuando sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina. En esa, *su hora* que por fin había llegado, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre

¹ Publicado en Vida Pastoral (372) Mayo 2018.

y del amigo. Fue así que, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encomendado, Jesús le dijo a María: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, luego le dijo al amigo amado: “Ahí tienes a tu Madre” (cfr. Jn 19, 26-27). Estas palabras de Jesús al borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su Madre. No se trata sólo de que María tenga un nuevo hijo que cuide de ella. Estas palabras son ante todo una fórmula de revelación. Este tipo de expresiones se utilizan en la Biblia para revelar a alguien el misterio de una especial misión salvífica que se le encomienda (p.e. en Mt 16,18: “Tú eres Pedro”). Jesús le estaba encomendando a María la *misión* de ser Madre de todos los creyentes. Nos estaba regalando a su Madre como madre nuestra. Sólo después de hacer esto Jesús pudo sentir que “todo está cumplido” (Jn 19,28). Al pie de la cruz, fuimos engendrados como *hijos* de la Virgen. Cristo, que al ser elevado en la cruz nos “atrae a todos hacia sí” (Jn 12,32), nos envía hacia ella: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27). Por eso el Papa Francisco dice que “al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María” (EG 285).

2. Una Madre que actúa en nuestra historia

Esta maternidad de la Virgen se ha desplegado en la historia. Dios la eligió a María como una colaboradora singular de la salvación obrada por Cristo (cf. LG cap. VIII). Esa acción de María no se limita a lo que hizo en su vida terrena. Desde el cielo la Virgen sigue trabajando por la salvación de los hombres. Trabaja como madre. ¿Qué hace una madre? Cuida y reúne a sus hijos. Ese el trabajo de la Virgen: *cuidarnos y reunirnos como hijos*.

Eso es lo que fue haciendo en América Latina. En toda nuestra historia es muy notoria la acción de la Virgen que fue reuniendo, fue conformando todos los pueblos que hoy forman Latinoamérica. Miles de pueblos llevan su nombre. Juan Pablo II dijo que aquí se da “una particular presencia de la Madre de Dios, por eso la llamó “*tierra de la nueva visitación*”.² Podemos decir que América Latina es *tierra de la Virgen*.

2.1 Guadalupe

Para comprender lo que significa la Virgen María en nuestro continente tenemos que pensar que Latinoamérica es -como dijeron los obispos en Puebla- una “originalidad histórico-cultural” (DP 446). Algo nuevo, un pueblo nuevo que se dio en la historia. América Latina, culturalmente no es Europa, no es Norteamérica, ni mucho menos es el Oriente. Este modo original de vida que tenemos los latinoamericanos se fue gestando lentamente durante cinco siglos.

² JUAN PABLO II, *Homilía durante la Misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo (11/10/1984)*, AAS 77 (1985) 354-361; [en línea] http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1984/documents/hf_jp-ii_hom_19841011_evangelizzazione-popoli.html [consulta: 20/4/2010]

Conocemos la dolorosa historia de la conquista y el despojo de los primitivos habitantes de esta tierra. Ubiquémonos por un momento donde empezó todo, en el siglo XVI, en el imperio Azteca. El indio tenía su vida organizada, su orden social, sus ritos que le aseguraban que el sol volvería a salir al día siguiente, todo. En 1519 tienen su primer contacto con los españoles, y -luego de un breve período de diplomacia- son dominados por la fuerza. En poco tiempo el imperio se desploma. Todo su orden social se cae como un castillo de naipes. Se rompe el universo simbólico del indio. Muchos mueren por la viruela (no tenían anticuerpos para esa enfermedad). Son obligados a trabajos forzados. Estos aborígenes quedaron en una situación de soledad y orfandad que es difícil de imaginar por nosotros.³

A esto se suma el mestizaje. Muy pronto los españoles empezaron a tomar indias como concubinas o incluso contraían matrimonio. Además, en algunos casos, la nobleza azteca les entregaba a sus hijas para establecer una alianza de sangre con esta nueva raza. Esto hizo que empiecen a aparecer niños con un rostro nuevo, ni español, ni indio: mestizo. En Tenochtitlan, en los años inmediatamente posteriores a la conquista de Hernán Cortés, no era muy buena la suerte de los niños mestizos. Ante la crisis de relación que había entre indios y españoles, las dos partes rechazaban el fruto de esa unión. Hay cartas de la época que cuentan la situación desesperada de esos niños: *“andan por los mercados buscando de comer lo que dejan los puercos y los perros, es cosa de gran piedad de ver a estos huérfanos y pobres, son tantos que es cosa de no poderse creer si no se ve”*.⁴

En este contexto se aparece la Virgen de Guadalupe en 1531. A un indio, pobre y sufrido: Juan Diego. Y ¿qué rostro elige la Virgen para manifestarse?: un rostro nuevo, un rostro mestizo, el rostro de los niños abandonados, de los más sufridos. Así llega la Virgen a América Latina, como madre de los últimos. De todos, pero especialmente de los últimos.

Los estudios históricos muestran que después de la aparición de la Virgen de Guadalupe se incrementó notablemente el número de bautismos. Un cronista de la época cuenta que *“eran tantos los que en aquellos tiempos venían al bautismo, que a los ministros que bautizaban, muchas veces les acontecía no poder alzar el brazo”*.⁵ El bautismo le daba al indio un lugar en el orden social. El último, pero un lugar. El bautismo lo reconocía como persona, como hijo de Dios. Representó un reconocimiento de su dignidad (reconocimiento que no tuvieron los indígenas de las colonias inglesas, p.e.).

El indio, que miraba con recelo la nueva religión del dominador, aceptó a la Virgen como presencia maternal de la divinidad y al bautismo como signo de la radical igualdad ante Dios. A partir de estos dos valores, la Virgen y el bautismo, este pueblo nuevo, formado con indios, mestizos, y luego negros

³ Cf. OCTAVIO PAZ, *El laberinto de la soledad*

⁴ Cfr. MARIANO CUEVAS, *Historia de la Iglesia en México. Tomo I*, Porrúa, México, 1992, 312.

⁵ GERÓNIMO DE MENDIETA, *Historia eclesiástica indiana. Obra escrita a fines del siglo XVI*, Porrúa, México, 1971, 266.

y criollos pobres, fue encontrando un modo propio de pararse ante la vida. Un estilo de vida que no “copió” la religión del invasor. Pero que, ante las grandes preguntas de la existencia, ¿de dónde viene la vida?, ¿hay vida después de la muerte?, etc., asumió las respuestas que da el cristianismo. Nació así un cristianismo nuevo, con rostro latinoamericano, donde la Virgen tiene un lugar principal (Francisco enseña que el cristianismo no es monocultural, tiene tantos rostros como culturas en los que se fue encarnando en estos dos mil años, en América Latina el cristianismo encontró un nuevo rostro. Cf. EG 115s).

Desde ese entonces, se podrían contar miles de historias en América Latina en las que la Virgen manifestó su presencia maternal y ayudó a cohesionar las nuevas poblaciones. Muchas veces se repetirá la dinámica interna de Guadalupe: una manifestación sobrenatural –o tomada como tal– de la Madre de Dios vinculada a los españoles, que expresa la preferencia maternal de María hacia los más pobres y de algún modo atrae a los indios y se establece una población alrededor de la Imagen milagrosa.

Puede decirse que así nació América Latina, *nació de la Virgen*. Los sometidos de esta tierra, a los que la conquista les destruyó su identidad, encuentran una nueva identidad a través de la Virgen. A través de Ella pasan a tener un lugar, a “ser alguien”. Por eso es tan fuerte la presencia de María en la configuración cultural de todos los países del continente. Más allá de que en cada región se exprese de modo distinto, quien sabe mirar el corazón del pueblo siempre va a encontrar en él a la Virgen.

2.2 Luján

Más cerca nuestro, en lo que hoy es territorio argentino, en esos primeros tiempos se destaca la devoción a la “Pura y limpia Concepción del río Luján”. Allá por 1630 se queda milagrosamente a orillas del río Luján, en la desolación de la pampa. Los testigos del milagro fueron unos simples troperos, muy probablemente contrabandistas, y un negro esclavo llamado Manuel. Desde allí, en una humilde ermita cuidada por este esclavo, reparte gracias a devotos que vienen de muchos lugares, en su mayoría gente pobre que pasaba su vida en parajes muy desamparados. Al amparo de su calor de madre se va nucleando un pueblo formado sobre todo por humildes campesinos. “*Es la Virgen de Luján la primera fundadora de esta villa*” reza la rayera que se le colocó en 1887.

2.3 Virgen de los Treinta y Tres

Es la misma advocación de Luján la que se venera desde el siglo XVIII aquí en Uruguay, primero en las tierras del Pintado, cuidada por el indio Antonio Díaz, y luego en la ciudad de Florida. Esta bella imagen de cedro, tallada en las misiones jesuíticas del Paraguay, fue testigo de momentos cruciales de la historia uruguaya. Ante ella, el 14 de junio de 1825, Juan Antonio Lavalleja y sus compañeros inclinaron su bandera y le confiaron el destino de la patria naciente. También allí los

patriotas declaran su intención de ser independientes el 25 de agosto. Desde entonces el pueblo la fue llamando: “*Virgen de los Treinta y Tres*”. Es ella a quien el General Oribe le ofrenda una corona de oro por haberlo salvado -a él y a su familia- de un naufragio. Y es esta misma imagen, la que en 1962 es declarada por Juan XXIII como patrona de la República Oriental del Uruguay.

Como podemos ver, la historia del pueblo uruguayo está entrelazada con la de esta sagrada imagen, de mirada tierna y manos en oración. Ya el nombre, *Virgen de los Treinta y Tres*, evoca un momento decisivo de esta patria. Es interesante notar que fue el pueblo quien la “bautizó” de este modo a la Virgen, uniendo espontáneamente a el amor a la patria con el amor a la Virgen. Seguramente cada uruguayo al oír hablar de “los Treinta y Tres” siente vibrar una fibra patriótica. Al hablar de “Virgen de los Treinta y Tres” suenan dos cuerdas al unísono.

Pensemos en Lavalleja, Oribe y en tantos patriotas anónimos que pasaron bajo su mirada. Gente que iba a Ella, como quien va a una madre, a tomar fuerzas, a buscar consuelo ante tanto dolor de guerra. Muchos seguramente acudieron con el peso de tener que enfrentar batallas en las que se jugaban la vida. No sólo la de ellos, también la de sus familias y de los que habrían de venir después en la historia de este suelo. No olvidemos que nuestras vidas de hoy, de algún modo se jugaron en las batallas de la Independencia. La *Virgen de los Treinta y Tres* acompañó y fortaleció este sueño de libertad. Fue -como dice su hermoso himno- “capitana y guía” de la gesta libertadora.

Es importante entender que si hacemos este recorrido histórico para buscar la presencia de la Virgen en nuestra historia no es porque nos interese como algo anecdótico o porque tengamos nostalgia de un pasado en que la fe tenía una gran incidencia en la vida de nuestros pueblos. La historia es un río que no se detiene, y lo que somos hoy tiene que ver con lo que fuimos ayer...

3. La piedad popular: un “lugar teológico”

Este modo espontáneo que tiene el pueblo sencillo de relacionarse con María es lo que llamamos piedad popular. La Iglesia enseña que la piedad popular es un “lugar teológico” (EG 126). ¿Qué significa “lugar teológico”? Lo que la teología llama “lugar teológico” son básicamente las *fuentes* de donde se lo puede conocer a Dios. El lugar teológico por excelencia es la Biblia. Pero hay otros lugares, que podríamos llamar auxiliares, donde Dios manifiesta algún aspecto de su misterio de amor a los hombres. En ese sentido, el modo espontáneo en que el pueblo de América Latina fue encontrando en su historia para relacionarse con la Virgen puede enseñarnos mucho sobre Dios y su acción salvadora. Nuestro pueblo conoció a la Virgen a través de la primera evangelización de los españoles, pero también la conoció vitalmente amándola en estos cinco siglos de historia, donde Ella se fue mostrando como Madre. El Papa Francisco dijo alguna vez: “*si querés saber quién es María,*

preguntale al teólogo, pero si querés saber cómo amar a María preguntale al pueblo".⁶ Esto significa que la piedad popular mariana sea un lugar teológico: que aprendemos más sobre la Virgen mirando lo que hace frente a Ella el pueblo sencillo.

Ahora bien, ¿qué aprendemos?

En Argentina, al terminar el Concilio Vaticano II los obispos crearon una Comisión Episcopal de Pastoral (COEPAL) para llevar adelante la recepción conciliar. Parte de la COEPAL era una comisión de peritos teológicos que desarrollaron una reflexión teológica propia, entre los que se destacaron los padres Lucio Gera y Rafael Tello. El desafío era no seguir repitiendo la teología europea sino pensar desde aquí, desde lo que Dios viene haciendo en América Latina. Al contemplar la vida cristiana tal como se da en este continente reflexionaron también sobre la rica piedad popular de nuestros pueblos valorando la vida teológica que anima estas expresiones. Con los años esta reflexión llegó al magisterio sobre todo en Aparecida ("No se puede *devaluar la espiritualidad popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana*" DA 263) y con el Papa Francisco.

El padre Rafael Tello, que pensó mucho en la especial historia de amor que se da entre la Virgen y el pueblo latinoamericano. Tanto, que Bergoglio dijo de él que es el "teólogo de la Virgen".⁷

A partir de lo que él enseñó quiero presentar tres ideas:

En el saludo que el pueblo hace a la Virgen hay un modo de contemplación popular (1). En su rostro puede leerse el Evangelio (2). Verdadero cristocentrismo: Cristo con María (3).

3.1 El saludo a la Virgen

Una expresión típica de la piedad popular mariana es saludar a la Virgen. Tocarla, besar su manto, persignarse, prenderle velas, ofrecerle flores, visitarla en su santuario, ponerse bajo su mirada. El documento de Aparecida tiene expresiones muy bellas sobre lo que pasa en el corazón de los creyentes en los santuarios.⁸

El padre Tello decía que hay una contemplación muy honda en eso que el modo en que la gente más sencilla "mira" y "se deja mirar" por una imagen querida de la Virgen. Este saludo de la gente a María está enraizado en el saludo del Ángel: "llena de gracia". En ese saludo Dios expresa su gozo por la belleza de su creatura.

⁶ https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html

⁷ J. BERGOGLIO, "Palabras del Cardenal Bergoglio en la presentación del libro (10/5/2012)", en: ENRIQUE C. BIANCHI, *Pobres en este mundo, ricos en la fe. La fe de los pobres de América Latina según Rafael Tello*, Ágape, Buenos Aires, 2016, 13-22

⁸ P.e. DA 259: "La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual".

Ese saludo tiene un sentido teológico muy hondo. Permítanme aquí una digresión teológica para intentar penetrar un poco ese misterio: Dios Padre concibe al Verbo desde toda la eternidad. Se expresa a sí mismo engendrando al Hijo. Pero como está fuera del tiempo, lo concibe como encarnable, y en función del Hijo realiza la creación del mundo. Todo es creado para Él. Pero en un mismo decreto predestina a María. Como concibe al Verbo como encarnable lo concibe con María. Desde toda la eternidad Ella está unida al Verbo, es aquella de la cual el Verbo tomará carne. Por tanto, María es la primera creatura. Y en Ella plasma toda la belleza de la creación. Es la Inmaculada, la llena de gracia. Cuando el Ángel la saluda: “llena de gracia”, expresa la admiración, el gozo, el enamoramiento de Dios por su creatura más bella.

El pueblo imita a Dios saludando a la Virgen. Es solo mirar, admirar, contemplar, reconocer la belleza que Dios puso en María. Como hace Dios con Ella: “llena de gracia”. Es un auténtico modo de contemplación. Al mirarla la alaban, le dan gracias, celebran la vida. Y también se dejan mirar por Ella. Le presentan su cansancio, su dolor, sus luchas y también sus esperanzas. Ante su mirada de Madre el corazón descansa, encuentra consuelo y renueva sus fuerzas. Aunque a veces lleguen a un santuario, pasen por delante de la Virgen y no vayan a la misa. Van a poner sus vidas delante de la Virgen.

Esto es algo que no tenemos que desconocer y que pastoralmente se traduce en la necesidad de facilitar el encuentro entre el pueblo y la Virgen haciendo más accesibles sus imágenes. Multiplicando las imágenes familiares y ensalzando las de los templos. Representaciones bellas de María que faciliten este modo de contemplación espontáneo y popular.

Esto nos lleva a otro tema que es el valor teológico que tienen las imágenes religiosas y su fuerza evangelizadora. Tanto es así que puede decirse que *en el rostro de la Virgen puede leerse el Evangelio.*

3.2 En el rostro de la Virgen puede leerse el Evangelio.

Esta expresión la usan los papas Juan Pablo II y Francisco. San Juan Pablo II tiene una hermosa oración a la Virgen de Jasna Gora, patrona de Polonia, en ese sentido:

“¡Cuántas generaciones han pasado por allí mirando a tu rostro maternal, rostro lleno de ansia y amor! En la expresión de este rostro materno hemos aprendido el Evangelio...”

Te doy gracias, Señora de Jasna Gora, por todos los que han aprendido en tu imagen -y siguen aprendiendo- el gran misterio de la filiación divina; por todos los que han aprendido -y siguen aprendiendo- esta dignidad del hombre, que no le puede ser arrebatada jamás en ningún momento ni lugar”

El Papa Francisco dice en *Evangelii Gaudium* 285 que en la imagen de la Virgen el pueblo lee “todos los misterios del Evangelio”.

Para entender esto hay que explicar el sentido teológico que tiene la veneración de las imágenes sagradas. Para hacerlo es necesario que suspendamos cierto prejuicio -tal vez de origen protestante- que a veces tenemos frente a las imágenes. Para captar el valor de una imagen religiosa no podemos partir de una afirmación del Antiguo Testamento sacada de contexto (p. e. Ex 20, 4-5: “*No te harás ninguna escultura y ninguna imagen de lo que hay arriba, en el cielo, o abajo, en la tierra, o debajo de la tierra, en las aguas. No te postrarás ante ellas, ni les rendirás culto, porque yo soy el Señor, tu Dios*”). Pero así como está esta frase en el AT hay otra, cinco capítulos más adelante en el libro del Éxodo en que Dios manda a hacer imágenes de ángeles. El problema de fondo es que no se puede leer la Biblia sólo literalmente. Para encontrar respuestas en la Biblia hay que mirarla en su conjunto y ver cómo se la fue interpretando en estos 2000 años de historia. Lo que condena la Biblia es la idolatría, no las imágenes. Pero un análisis de este tema en la Biblia nos llevaría mucho tiempo ahora.

Lo que es interesante, es ver que ya los cristianos de los primeros siglos usaban imágenes. En las catacumbas se encontraron pinturas con temas como: el pez, la Cruz, Jesucristo, y la Virgen María. Hay una catacumba, la de Santa Priscila, en la que hay un fresco de la Virgen con el niño que data de mediados del siglo II. Es tal vez la imagen más antigua de la Virgen que se conozca.

También en esos primeros siglos apareció un movimiento que consideraban que era idolatría el uso de imágenes sagradas. Se los llamó los *iconoclastas*. En el año 787, el II Concilio de Nicea condena la postura de los iconoclastas. Este Concilio enseña que es bueno venerar las imágenes sagradas ya que cuanto más se contempla la imagen, más se mueve la persona que contempla hacia el original en ella representada (cf. Dz 202). Asume una enseñanza de San Basilio de Cesarea que se va a volver clásica: “*el honor que se da a la imagen, se dirige al original*”, por tanto, el que venera una imagen, venera a la persona en ella representada (cf. íb.). La imagen no se venera por ella misma, sino por lo que representa. Esto tiene su fundamento en el misterio de Cristo Verbo encarnado: por la Encarnación Cristo se volvió “imagen del Dios invisible” (Col 1,15).

Así es como usa la imagen nuestro pueblo sencillo. Para él, la imagen religiosa es un “sacramental”. ¿Qué es un sacramental? Un sacramental es una realidad sensible que remite a otra realidad que está en la esfera de lo sagrado. Por ejemplo, el agua bendita es un sacramental. Es agua, pero no es cualquier agua, el agua bendecida tiene para el creyente una fuerza de purificación espiritual. El pueblo más sencillo conoce las cosas de Dios sacramentalmente. Capta lo divino en las cosas sensibles. Al pueblo más sencillo le gustan mucho los sacramentales. Les gusta ser bendecidos, rociados con agua bendita, ver pesebres, tener imágenes, etc.

El p. Tello lo explica diciendo: “*De esta disposición a aceptar y captar siempre en las cosas o los hechos de la vida la presencia trascendente de Dios, de la gracia, del mundo sobrenatural, nace una fuerza y alegría de vivir, nace también la consideración de los bienes naturales tales como la salud,*

el pan, el trabajo, como dones de Dios. Nace un sentido de libertad frente a las cosas, nace en fin, la sabiduría cristiana que describe el documento de Puebla (N° 413, 448)”.⁹

Por eso, en la piedad popular genuina, una imagen de la Virgen nunca es un “adorno”. Es una “presencia”. Cuando uno ve en los santuarios, o en las misiones, las intensas muestras de cariño de la gente sencilla frente a algunas imágenes de la Virgen no puede menos que pensar que viven eso que enseñó la Iglesia de que: “el honor que se da a la imagen se remite al original” (por supuesto que sin saber explicarlo).

Entonces, este gusto de la gente por las imágenes está inserto en la gran tradición de la Iglesia. Y es algo que nuestro pueblo heredó de la primera evangelización. Si lo pensamos bien, América Latina se evangelizó a través de imágenes.

Además, las imágenes sirven para conocer los misterios de la fe de un modo que le resulta fácil a la gente. Quienes expresan su fe a través de la piedad popular generalmente son personas que no se manejan con conceptos abstractos. El Papa Francisco enseña que la espiritualidad popular “*no está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental*” (EG 124). Para explicar esto podemos pensar en que hay como dos caminos para obtener conocimiento. Uno es a través de conceptos que buscan explicar de forma abstracta la realidad. Este es muy valorado por la racionalidad moderna y ha dado mucho fruto en el desarrollo de las ciencias. Pero hay otro camino por el cual se entiende a través de símbolos, de realidades concretas que remiten a algo que las trasciende. Un camino más sapiencial, más vital, que incluye los sentimientos, donde la naturaleza y la vida cotidiana se vuelven un libro siempre abierto a nuestros sentidos. Todos transitamos ambos caminos para descubrir las verdades que configuran nuestra existencia, pero hay que reconocer que los más humildes, tal vez por el contacto inmediato que tienen con la naturaleza, se manejan más con símbolos que con conceptos abstractos.

Esto es importante tenerlo en cuenta para entender la piedad popular y poder aprender de ella. Que no sepan explicar conceptualmente la doctrina cristiana no quiere decir que no tengan fe, sino que tienen una fe que la viven y la expresan de otro modo.

Las mismas verdades que están en la Sagrada Escritura y que la teología o la catequesis explican conceptualmente pueden ser aprendidas a través de imágenes religiosas. La imagen “dice” más que mil palabras. Mirar un crucifijo dice que Jesús murió por todos y que su amor es más fuerte que la muerte. Contemplar la ternura del rostro de la *Virgen de los Treinta y Tres* nos hace conocer la providencia maternal de Dios y pregonar la fiesta del cielo.

Es importante notar que cada imagen tiene su fuerza simbólica. Algunas “significan” más fácilmente que otras. Es una cuestión humana. Cualquiera que contemple el bello rostro de la Virgen de los Treinta y Tres recibe un testimonio inmediato de la ternura de Dios. En cambio, p.e., al

⁹ R. TELLO, *La nueva evangelización. Escritos teológicos pastorales*, Ágape, Buenos Aires, 2008, 53.

contemplar la Eucaristía es necesario hacer un proceso mental iluminado por la fe para recibir la impresión de que ese símbolo expresa el amor infinito de Dios. Por supuesto que en la Eucaristía hay una presencia real de Cristo y desde ese punto es incomparable con una imagen de la Madre de Dios. Pero también es cierto que, para la gente más sencilla, con pocas posibilidades *reales* de ser iniciadas en la práctica de la adoración eucarística, una imagen de la Virgen tiene una fuerza significadora muy grande del amor tierno de Dios.

3.3 Verdadero cristocentrismo: Cristo y María

Otra verdad teológica muy honda que podemos aprender de la piedad popular mariana es que la Virgen es una especialísima colaboradora de Jesús. No es “un santo más”, ni sólo un “buen ejemplo de cristiano”. Su función no es equiparable, por ejemplo, a la de San José. Ella tiene un puesto singular en la obra de la redención. El Concilio Vaticano II dice en LG que “cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador” (LG 61). Esto lo hace sin menoscabar en nada la función mediadora de Cristo: “no le hace sombra”.

Hay quienes, cuando ven que el pueblo sencillo le demuestra tanto cariño a la Virgen piensan que es una fe “deformada”, que la quieren más a María que a Dios mismo. Algunos han hablado de *marianitis* en América Latina.

Rafael Tello meditó profundamente sobre esta cuestión. Él no creía que este afecto del pueblo por la Virgen estuviera fuera de quicio. Más bien veía que el pueblo, al amarla tan intensamente estaba mostrando que percibía –por gracia de Dios seguramente– una verdad de fe muy importante: *la Virgen María está indisolublemente unida a Cristo*. Para el pueblo, Cristo solo no existe, como tampoco existe la Madre separada del Hijo. Esto es algo doctrinalmente ortodoxo y que no siempre entienden quienes juzgan que el pueblo ama “excesivamente” a la Virgen.

Tello entiende que para la tradición de la Iglesia, Cristo y María son “*uno*”. Por supuesto que mantiene que son personas distintísimas (una es creada y la otra increada) y que de ningún modo esta unidad debe entenderse como una unidad ontológica (ni menos aun como una unión hipostática). Aún así, Cristo se ha unido a todos los hombres, que son miembros suyos, es *unum* con su Iglesia (cfr. Jn 17,21: “*que todos sean uno.*”). En primer lugar, de modo eminente, se ha unido a la Virgen María, la *llena de gracia*, que fue “enriquecida desde el primer instante de su concepción con esplendores de santidad del todo singular” (LG 56).

Cuando en 1854 Pío IX declara el dogma de la Inmaculada Concepción explica que Dios estableció “con el *mismo decreto* el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría”.¹⁰ Es lo mismo que decíamos recién cuando dijimos que el Padre pensó al Verbo eterno como encarnable, por tanto

¹⁰ PII IX, *Pontificis Maximi Acta, Pars prima*, p. 559.

ahí mismo la pensó a María. “*Cuando Dios mira a Cristo y determina que Cristo exista, en el mismo momento, en el mismo acto intelectual con que lo ve y lo determina a Cristo, la ve y la determina a la Virgen. Cristo no existe en la mente de Dios, que es el modo principal de existir, sin la Virgen. Cristo lo que es, es según la concepción de Dios. Todo lo que es Cristo, es lo que Dios ha concebido y ha querido para Cristo. Y Dios ha concebido a Cristo junto con María. Por eso yo digo esta fórmula Cristo no existe sin María. No existe en la mente de Dios. No existe el concepto mismo de Cristo Ungido como Mediador sin María*”.¹¹

Dios, al elegirla para darle carne al Verbo asumió libremente con Ella una ligazón irrevocable, indestructible y en adelante eterna. Tanto es así, que la Iglesia venera a María como Madre del mismo Dios. Lo decimos en el Ave María: “Santa María, Madre de Dios”. No es sólo madre del hombre Jesús. Es Madre de Dios.

Es tan singular la unión entre Cristo y María, que *sin Ella* no puede entenderse cabalmente el misterio del Verbo encarnado. Pensar que el hombre puede llegar a Dios uniéndose a un Cristo aislado de María sería caer en un falso cristocentrismo. El verdadero cristocentrismo es Cristo y María. Juan Pablo II, cuyo cristocentrismo no se puede discutir, en su escudo personal inscribe *Totus tuus* (Todo Tuyo) referido a la Virgen María.

Es importante entender esto para no juzgar mal las expresiones de piedad popular. No podemos andar como un papá que pregunta: ¿a quién querés más, a papá o a mamá? Sería no entender el amor de hijo preguntar eso. Lo mismo hacemos cuando vemos que la quieren mucho a la Virgen y nos ponemos a pensar si no la están queriendo a Ella más que al Hijo. Al querer a la Madre están queriendo al hijo.

Y lo mismo cuando escuchamos que la gente en su cariño dice cosas que daría la impresión de que la están tratando a la Virgen como si fuera Dios. Esto puede deberse a lo que hablábamos hace un rato. El pueblo no se maneja mayormente con conceptos abstractos. No es que sean ignorantes. Conocen de otro modo. Ellos no distinguen el “creador” de la “creatura” según conceptos metafísicos. Si yo quiero juzgarlos desde ahí no voy a entender lo que tienen en el corazón. El pueblo siente que María y Cristo están profundamente unidos y no sabe expresarlo con conceptos. Lo expresa simbólicamente con sus prácticas de devoción. Ese “*Dios y la Virgen*” siempre a flor de labios en entre los pobres es un signo elocuente de esto.

¹¹ R. Tello, *Charla del 29/6/2000*.

4. Algunas conclusiones

4.1 Se purifica lo que crece

Esta valoración que hemos presentado de la piedad popular la hemos tratando de captar su sustancia. Esto no significa que muchas veces ésta pueda caer en desviaciones, excesos o errores. En realidad, todo tipo de espiritualidad puede caer en errores y necesita siempre ser purificada. Pero es cierto que la piedad popular necesita ser purificada muchas veces.

En el documento de Aparecida, los obispos latinoamericanos presentan una novedad al respecto. No presenta la necesidad de purificación como una rectificación de errores y excesos. No se trata de “podar”. Se trata de “hacer crecer”. Se purifica lo que crece según su naturaleza, se purifica lo que madura. La purificación se va a dar en la medida que se pongan condiciones para que se desarrollen los valores evangélicos presentes en la cultura del pueblo.

Para entender esto puede ayudar la parábola del trigo y la cizaña. Los obreros -con la mejor buena voluntad- quieren “podar”, arrancar lo malo. Pero para el dueño del campo es tan valioso cada brote que prefiere tolerar por un tiempo la imperfección sabiendo que es tanta la potencia de la buena semilla que al ir desarrollándose se va a imponer frente a la cizaña.

4.2 La tentación de un marianismo desencarnado

Un ejemplo de esta purificación necesaria puede ser lo que sucede con la tentación de un marianismo desencarnado. Es una tentación que tienen sobre todo las personas que están permanentemente buscando hechos “sobrenaturales” para creer. A ellos se refiere el Papa Francisco cuando dice que hay *“cristianos sin Cristo: los que buscan cosas un poco raras, un poco especiales, los que van detrás de las revelaciones privadas... deseosos de ir al espectáculo de la revelación, a oír cosas nuevas”*.¹² A veces, una inclinación excesiva a los sucesos extraordinarios puede encubrir una falta de fe en la revelación hecha por Jesucristo. Hay quienes, ante el escándalo que produce el misterio de la Encarnación y la “incomodidad” del mandato del amor al prójimo, toman el atajo de apoyar su fe en las “sensaciones” que les producen supuestas intervenciones sobrenaturales.

Esto se ve a veces en el terreno de las apariciones de la Virgen y revelaciones privadas. Ellas son posibles, no lo vamos a negar. Pero poner el centro de nuestra fe en esos fenómenos es “deformar” nuestra fe. El Papa Francisco lo explica diciendo que tenemos que ver a la Virgen como Madre de Jesús y Madre nuestra, y reconocer su tierna presencia en nuestra vida cotidiana. No haría justicia a su amor maternal tratarla como “una jefa de la oficina de correos” que está todo el día mandando mensajes.

¹² FRANCISCO, Homilía en Santa Marta, 7-9-2013.

Una palabrita más sobre las revelaciones privadas. Hay que tener claro el valor teológico que tienen. Son algo totalmente distinto de la revelación pública. En la revelación pública es Dios quien habla y su mensaje está consignado en la Biblia. Y a esa Palabra de Dios le creo con una *fe teologal*. Creo que es Dios el que me habla. En cambio, al creer en las revelaciones privadas nos estamos apoyando en el testimonio del vidente. En el primer caso se trata de verdadera fe teologal, que nos une a Dios, y en el segundo es sólo fe humana que adhiere –si le parece prudente- al testimonio de una persona. De aquí se sigue que no puede ser obligatorio creer en las revelaciones privadas. No son *Palabra de Dios*. Éstas son –según Benedicto XVI- “una ayuda que se ofrece pero que no es obligatorio usarla” (*Verbum domini* 14). Esto es importante tenerlo en cuenta porque no es infrecuente ver entre quienes apoyan algunas revelaciones privadas una actitud que hace pensar que las toman como si estuvieran al mismo nivel que las Sagradas Escrituras.

El criterio de verdad de una revelación privada es que nos ayude a vivir el mensaje de Cristo. Y ahí hay un camino de purificación por la maduración. Si nuestra “conversión” a partir de una revelación privada sólo se traduce en nuevas prácticas de piedad (heroicas a veces) es incompleta. Una verdadera conversión tiene que tomar nuestra vida y ponerla al servicio del prójimo, especialmente con los más pobres. Recordemos lo de Mt 25 “Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber. ¿Cuándo maestro? Cuando lo hiciste con el más pobres”. En los pobres está Cristo. Servirlos a ellos es servirlo a Cristo.

Si una nueva devoción sólo nos da “nuevas sensaciones espirituales” tenemos que estar atentos a que no nos estemos desviando del camino de Cristo. Sería como intentar ser saludables comiendo sólo golosinas. Si en cambio nos da más energía para servir a los pobres estamos en un buen camino. Servir a los pobres es tocar la carne de Cristo le gusta decir al Papa Francisco.

4.3 Una verdadera piedad mariana es semilla de liberación

Decíamos recién, al hacer un repaso de la presencia de la Virgen en la historia de América Latina, que en un momento doloroso de nuestra historia, los indios, los mestizos, los negros, y todos los perdedores de la historia fueron encontrando un lugar en el mundo, una identidad, a través del bautismo que nos da la dignidad de hijos de Dios y de la Virgen que nos hace cercana la ternura de Dios. Por eso la Virgen está en el ADN de nuestros pueblos y eso tiene que ver con el presente.

Cada pueblo tiene por destino ser sí mismo. Pero los pueblos de América Latina nacieron dominados y después de cinco siglos, si bien cambiaron las formas de gobierno, todavía viven cimentados en estructuras injustas en las que gran parte de la población sufre una pobreza estructural. Esto es innegable, más allá de las causas que cada uno le asigne según sus simpatías políticas o su lectura de la historia: hay una epidemia de pobreza que azota a nuestro continente desde su nacimiento. En esa lucha cotidiana de nuestro pueblo por ser sí mismo, aun en un contexto de

dominación, la Virgen es una semilla muy fuerte de liberación. Liberación que será plena en el encuentro con Cristo pero que ya se construye en la historia.

En el amor que el pueblo sencillo le tiene hay una afirmación de la dignidad propia: “soy hijo”, “soy valioso”, “a los ojos de Dios soy igual a los demás”. Lo veíamos en la oración que Juan Pablo II le hizo a la patrona de Polonia: *“Te doy gracias, Señora de Jasna Gora, por todos los que han aprendido en tu imagen -y siguen aprendiendo- el gran misterio de la filiación divina; por todos los que han aprendido -y siguen aprendiendo- esta dignidad del hombre, que no le puede ser arrebatada jamás en ningún momento ni lugar”*. Quien aprende a ser hijo de la Virgen, a dejarse tomar el corazón por ella, fortalece la conciencia de su dignidad. Ahí hay una *fuerza transformadora de la historia* que no podemos desconocer. Una muy potente semilla de liberación.

4.4 Francisco nos llama a convertirnos al pueblo

Francisco en EG nos pide que entremos en un camino de “conversión pastoral”. Parte de esa conversión es un “convertirse al pueblo”. No sentirnos una elite separada, que sabe cómo son todas las cosas, sino que nos sintamos parte del pueblo que peregrina en la historia. Habla del “gusto espiritual de ser pueblo”.

Él mismo hizo un camino de conversión al pueblo. Su piedad mariana es un testimonio de ello. Lo muestra de miles de formas. Toca las imágenes (aun ante la incomodidad de los encargados de la liturgia). Antes y después de salir de Roma en sus viajes internacionales pasa a saludar a la Virgen *Salus populi romani*. Es la patrona de Roma. Tiene devoción popular. No va a la *Pietà* de Miguel Ángel.

Los que estamos aquí somos agentes evangelizadores. Queremos colaborar con la obra de Dios en nuestro pueblo. Pidámosle que nos dé la gracia de *ver* lo que Él hace en nuestro pueblo a través de María y que nos ayude a entrar en esa dinámica de amor como simples servidores.

Para cerrar les propongo que escuchemos un recitado criollo sobre lo que pasa cuando una Virgen visita una casa. Es de las cosas más bellas que escuché sobre piedad popular mariana. Y esa visita, en que la Virgen tocó un corazón de poeta, sucedió acá en Uruguay. Su autor el Wenseslao Varela:

Me visitó la Virgen, gracias a Dios.

*Mi rancho que se despluma y tiembla al paso de los tiempos
y lo sacude un largo destino de tapera
se me ha llenado de flores, de niños, y de rezos*

*Yo vivo pa los negros misterios de la tierra
y en las alturas solo mi pensamiento elevo
cuando desvelos hondos me embargan y procuro
estrellas o relámpagos pa' iluminar mis versos.*

*Cuando se fueron todos y me quedé con ella,
me puse pa' adorarla el chiripá más nuevo
y viejo por afuera y por adentro niño
la contemplé con todo mi proverbial respeto.*

*¡Que linda estaba llena de celestial belleza!
Tan pura como el agua del manantial que tengo
pa' que en las noches bajen los astros a mi rancho
o apaguen en las siestas sus ansias los Viajeros.*

*Por una herida vieja que la techumbre tiene
se derramó la luna pa humedecerle el pelo
y pálida luciérnaga que floreció en la noche
le puso en la diadema su pulsación de fuego.*

*Sutil la araña, como desvelo del crepúsculo
hilando luna y seda se descolgó del techo
y le tejió paciente un manto a su pobreza
que sujetó a los altos horcones del silencio.*

*Cuando se fueron todas y me quedé con ella
me puse pa' admirarla el chiripá más nuevo
Y hoy tengo los altares del alma florecidos
Y sin saber la causa me siento más contento.*